



PLANETA

JUVENIL

EL FANTASMA DE CANTERVILLE

Y OTROS CUENTOS

OSCAR WILDE

TRADUCCIÓN CATALINA MONTES



Planetalector

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta
Ilustración de cubierta: © Fernando Vicente

© Oscar Wilde, 2016

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2016

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-5532-7

ISBN 10: 958-42-5532-0

Primera impresión en esta edición: octubre de 2016

Segunda impresión en esta edición: marzo de 2017

Tercera impresión en esta edición: febrero de 2018

Cuarta impresión en esta edición: enero de 2019

Quinta impresión en esta edición: agosto de 2019

Sexta impresión en esta edición: marzo de 2020

Impreso por: Carvajal Soluciones De Comunicación S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

OSCAR WILDE (biografía)

(Dublín, 1854 - París, 1900). Novelista, poeta, crítico literario y autor teatral de origen irlandés, gran exponente del esteticismo, Oscar Wilde conoció el éxito desde sus comienzos gracias al ingenio punzante y epigramático que derrochó en sus obras, dedicadas casi siempre a fustigar a sus contemporáneos. Defensor del arte por el arte, sus relatos repletos de diálogos vivos y cargados de ironía provocaron feroces críticas de los sectores conservadores, que se acentuaron cuando Wilde fue acusado y condenado por su homosexualidad, lo que originó el declive de su carrera literaria y de su vida personal.

Entre sus obras destacan las cuatro comedias teatrales *El abanico de lady Windermere* (1892), *Una mujer sin importancia* (1893), *Un marido ideal* (1895) y *La importancia de llamarse Ernesto* (1895), *El fantasma de Canterville* o *El retrato de Dorian Gray*, su única novela.

ÍNDICE

El fantasma de Canterville. Un romance hilo-idealista	9
El crimen de lord Arthur Savile. Un estudio sobre el deber	58
La esfinge sin secreto. Un aguafuerte	114
El millonario modelo. Una nota de admiración	124
El retrato de mister W. H.	134
El Príncipe Feliz.....	186
El ruiseñor y la rosa.....	203
El gigante egoísta.....	213
El amigo abnegado	221
El insigne cohete.....	240

El joven rey	261
El cumpleaños de la infanta.....	284
El pescador y su alma.....	314
El niño-estrella.....	371

EL FANTASMA DE CANTERVILLE

Un romance hilo-idealista

I

Cuando el ministro americano míster Hiram B. Otis compró Canterville Chase todo el mundo le dijo que estaba haciendo una insensatez, ya que no cabía duda alguna de que había fantasmas en el lugar. En verdad, el mismo lord Canterville, que era hombre con el más puntilloso sentido del honor, había creído su deber mencionar el hecho a míster Otis cuando llegaron a tratar las condiciones.

—A nosotros no nos ha interesado vivir en el lugar —dijo lord Canterville—, desde que mi tía abuela, la duquesa viuda de Bolton, se asustó hasta el punto de que le dio un ataque, del que en realidad nunca se recuperó, al apoyarse en sus hombros dos manos de esqueleto cuando se estaba vistiendo para la cena. Y me siento en la obligación de decirle, míster Otis, que al fantasma le han

visto varios miembros de mi familia que todavía viven, además del párroco, el reverendo Augustus Dampier, que es profesor del King's College, de la Universidad de Cambridge. Después del desdichado accidente acaecido a la duquesa no quiso quedarse con nosotros ninguno de los más jóvenes de nuestros sirvientes, y lady Canterville frecuentemente no podía conciliar el sueño por la noche a consecuencia de los ruidos misteriosos procedentes del corredor y de la biblioteca.

—¡Milord! —respondió el ministro—, tomaré el mobiliario y el fantasma en la tasación. Yo vengo de un país moderno, donde tenemos todo lo que puede comprarse con dinero; y tenemos a todos nuestros activos individuos jóvenes pintando el viejo mundo en rojo, y llevándose a sus mejores actores y *prima-donnas*. Doy por descontado que si hubiera cosa tal como un fantasma en Europa, lo tendríamos en nuestra patria a muy corto plazo en uno de nuestros museos públicos, o en el camino como espectáculo.

—Me temo que el fantasma existe —dijo lord Canterville, sonriendo—, aunque puede que haya resistido las ofertas de sus empresarios superactivos. Hace tres siglos que es muy conocido, desde 1584, para ser exactos, y siempre hace su aparición antes de la muerte de cualquier miembro de nuestra familia.

—Bueno, también el médico de cabecera en esos casos, lord Canterville. Pero no existe tal cosa como un

fantasma, señor, y yo supongo que no van a suspenderse las leyes de la naturaleza para la aristocracia británica.

—Ciertamente ustedes son muy naturales en América —respondió lord Canterville, que no había entendido del todo la última observación de mister Otis—; y si a usted no le importa tener un fantasma en la casa, perfectamente. Sólo que debe usted recordar que yo se lo advertí.

Unas semanas después se había cerrado el trato, y al final de la temporada el ministro y su familia fueron a Canterville Chase. Mistress Otis, que de soltera, como miss Lucretia R. Tappen, de West 53rd Street, había sido una célebre belleza de Nueva York, era ahora una mujer muy hermosa, entrada en años, con bellos ojos y un magnífico perfil. Muchas damas americanas, al salir de su tierra natal, adoptan un aspecto de enfermedad crónica, bajo la impresión de que es una forma de renacimiento europeo; pero mistress Otis no había caído nunca en tal error. Tenía una magnífica constitución y una vitalidad realmente asombrosa. En verdad, en muchos aspectos era completamente inglesa, y un ejemplo excelente del hecho de que realmente lo tenemos todo en común hoy día con América, excepto, desde luego, el idioma. Su hijo mayor, a quien sus padres dieron en el bautismo el nombre de Washington, en un momento de patriotismo, algo que él no dejó jamás de lamentar, era un joven de pelo rubio, bastante bien parecido, que

se había cualificado para la diplomacia americana dirigiendo el cotillón a la alemana en el casino de Newport por tres temporadas consecutivas, e incluso en Londres era muy conocido como excelente bailarín. Las gardenias y la nobleza eran sus únicas debilidades; por lo demás, era extremadamente sensato. Miss Virginia E. Otis era una muchacha de quince años, ágil y hermosa como una cervatilla, y con una noble libertad en sus grandes ojos azules. Era una maravillosa amazona, y en una ocasión había hecho una carrera montando su poni con el viejo lord Bilton, dando dos veces la vuelta al parque y ganando por un cuerpo y medio, justo delante de la estatua de Aquiles, para inmenso gozo del joven duque de Cheshire, que se le declaró en el acto, y a quien sus tutores enviaron de nuevo a Eton hecho un mar de lágrimas aquella misma noche. Después de Virginia venían los gemelos, a quienes solían llamar «las estrellas y barras», porque siempre se estaban agitando. Eran unos chicos deliciosos y, a excepción del ministro, los únicos verdaderos republicanos de la familia.

Como Canterville Chase está a siete millas de Ascot, la estación de ferrocarril más próxima, míster Otis había teleografiado para que les esperara un carruaje descubierto, y se pusieron en marcha alegremente. Era un hermoso atardecer de julio, y el aire era exquisito con la fragancia de los pinares. De vez en cuando oían una paloma torcaz arrullando con su dulce voz, o veían, en la espesura de los helechos que crujían, el pecho bruñido

del faisán. Pequeñas ardillas les miraban curiosas desde las hayas al pasar, y los conejos se deslizaban corriendo a través de la maleza y por encima de los montículos cubiertos de musgo, con el rabo blanco en el aire. Al entrar en el camino de Canterville Chase, sin embargo, el cielo de pronto se entoldó de nubes; una quietud extraña parecía suspender la atmósfera, una gran bandada de grajos pasó silenciosamente por encima de su cabeza y, antes de que llegaran a la casa, cayeron algunas grandes gotas de lluvia.

En la escalinata, de pie para recibirles, estaba una mujer anciana, pulcramente vestida de seda negra, con gorro blanco y delantal. Era mistress Umney, el ama de llaves, a quien mistress Otis, ante las vivas súplicas de lady Canterville, había consentido en conservar en su antiguo puesto. Hizo una profunda reverencia a cada uno según se apeaban y dijo con una fórmula singular y anticuada:

—Le doy la bienvenida a Canterville Chase.

Tras ella atravesaron el hermoso vestíbulo de estilo Tudor y entraron en la biblioteca, una sala larga y baja de techos, con paneles de roble negro, en el fondo de la cual había una gran vidriera de colores. Aquí encontraron el té preparado para ellos, y, después de despojarse de sus ropas de viaje, se sentaron y empezaron a mirar en derredor suyo, mientras les atendía mistress Umney.

De pronto, mistress Otis se fijó en una mancha de un rojo apagado que había en el suelo, justo al lado de la chimenea y, completamente inconsciente de su significado real, dijo a mistress Umney:

—Me temo que se ha derramado algo ahí.

—Sí, señora —replicó la vieja ama de llaves con voz apagada—; se ha derramado sangre en ese lugar.

—¡Qué horrible! —gritó mistress Otis—; yo no deseo en absoluto tener manchas de sangre en una sala de estar. Debe quitarse inmediatamente.

La anciana sonrió, y respondió con la misma voz apagada y misteriosa:

—Es la sangre de lady Eleanore de Canterville, que fue asesinada en ese mismísimo sitio por su propio marido, sir Simon de Canterville, en 1575. Sir Simon la sobrevivió nueve años, y desapareció de repente en circunstancias sumamente misteriosas. Su cuerpo nunca ha sido descubierto, pero su espíritu todavía frecuenta la casa. La mancha de sangre ha sido muy admirada por los turistas y por otras gentes, y no puede quitarse.

—Todo eso es una tontería —exclamó Washington Otis—. El quitamanchas Champion de Pinkerton y el detergente Paragon lo limpiarán en un abrir y cerrar de ojos.

Y antes de que pudiera interferir la aterrorizada ama de llaves, se había puesto él de rodillas y estaba rápidamente restregando el suelo con una pequeña barra de

algo que parecía un cosmético negro. En unos instantes no podía verse rastro alguno de la mancha de sangre.

—Sabía que Pinkerton lo lograría —exclamó triunfalmente, mirando en torno suyo a su familia, que daba muestras de admiración.

Pero no bien había dicho estas palabras cuando un relámpago terrible iluminó la sombría estancia, un pavoroso trueno les hizo a todos ponerse en pie de un salto, y mistress Umney se desmayó.

—¡Qué clima tan monstruoso! —dijo el ministro americano manteniendo la calma, mientras encendía un largo cigarro—. Me imagino que el viejo país está tan superpoblado que no tienen tiempo decente para todos. Yo siempre he tenido la opinión de que la emigración era el único remedio para Inglaterra.

—Mi querido Hiram —exclamó mistress Otis—, ¿qué podemos hacer con una mujer que se desmaya?

—Descontárselo del sueldo, como las cosas que rompa —respondió el ministro—; no volverá a desmayarse después de eso.

Y, ciertamente, en unos instantes mistress Umney volvió en sí. Sin embargo, no cabía duda de que estaba extremadamente trastornada, y advirtió severamente a mistress Otis que estuviera alerta porque alguna desgracia se estaba cerniendo sobre la casa.

—Yo he visto cosas con mis propios ojos, señor —dijo—, que pondrían a cualquier cristiano los pelos de

punta, y muchísimas noches no he podido pegar un ojo por las cosas terribles que pasan aquí.

Sin embargo, míster Otis y su esposa aseguraron calurosamente a la buena mujer que ellos no tenían miedo a los fantasmas, y, después de invocar las bendiciones de la Providencia para sus nuevos amos y de hacer gestiones para un aumento de salario, la vieja ama de llaves se fue a su habitación tambaleándose.

II

La tormenta descargó con furia aquella noche, pero no ocurrió nada digno de mención. A la mañana siguiente, sin embargo, cuando bajaron a desayunar, encontraron la terrible mancha de sangre una vez más en el suelo.

—No creo que haya que echar la culpa al detergente Paragon —dijo Washington—, pues lo he probado con todo. Debe ser el fantasma.

Por tanto, quitó la mancha por segunda vez frotando, pero a la segunda mañana volvió a aparecer. También estaba allí la tercera mañana, aunque míster Otis mismo había cerrado con llave la biblioteca por la noche y se había llevado la llave al piso de arriba. Toda la familia estaba ahora muy interesada; míster Otis empezaba a sospechar que había sido demasiado dogmático en su negativa a creer en la existencia de los fantasmas; mistress Otis expresó su intención de hacerse miembro de la

Sociedad de Psicología, y Washington preparó una larga carta para míster Myers y míster Podmore sobre el tema de la persistencia de las manchas de sangre relacionadas con el crimen. Aquella noche dispó para siempre toda duda sobre la existencia objetiva de los fantasmas.

El día había sido tibio y soleado y, al frescor del atardecer, la familia entera salió a dar un paseo en carruaje. No volvieron a casa hasta las nueve, y tomaron una cena ligera. La conversación no recayó en modo alguno sobre los fantasmas, de manera que no se dieron ni siquiera esas condiciones primarias de expectativa receptiva que preceden con tanta frecuencia a la presentación de fenómenos psíquicos. Los temas que se trataron, como supe más tarde por míster Otis, fueron meramente los que forman la conversación ordinaria de los americanos cultos de la mejor clase social, tales como la inmensa superioridad de miss Fanny Davenport como actriz sobre Sara Bernhardt; la dificultad de conseguir maíz fresco, bizcocho de alforfón y polenta, incluso en las mejores casas inglesas; la importancia de Boston en el desarrollo del alma universal; las ventajas del sistema de consigna de equipajes automáticas al viajar por ferrocarril, y la dulzura del acento de Nueva York cuando se le compara con la lenta pronunciación de Londres. No se hizo absolutamente ninguna mención a lo sobrenatural, ni se eludió en modo alguno a sir Simon de Canterville. A las once se retiró la familia, y a las once y media estaban apagadas todas las luces.

Al cabo de un rato le despertó a míster Otis un ruido extraño en el pasillo, fuera de su habitación. Sonaba como un sonido metálico y seco, y parecía acercarse por momentos. Se levantó inmediatamente, encendió un fósforo y miró la hora. Era la una en punto. Estaba completamente tranquilo y se tomó el pulso, que no tenía nada de febril. Todavía continuaba el sonido extraño, y con él oía claramente ruido de pasos. Se puso las zapatillas, sacó de su estuche un pequeño frasco oblongo y abrió la puerta. Justo enfrente de él vio, a la pálida luz de la luna, a un viejo de aspecto terrible. Tenía los ojos como rojos carbones encendidos; largos cabellos grises le caían sobre los hombros en guedejas enmarañadas; su ropa, que era de corte antiguo, estaba sucia y harapienta, y de las muñecas y tobillos colgaban pesadas esposas y argollas cubiertas de herrumbre.

—Mi querido señor —dijo míster Otis—, realmente he de insistir en que engrase esas cadenas, y le he traído con ese fin un pequeño frasco de lubricante Tammany Rising Sun. Se dice que es totalmente eficaz con una sola aplicación, y hay en el envase testimonios a ese efecto de varios de los más eminentes teólogos de nuestro país. Se lo dejaré aquí, junto a las velas del dormitorio, y tenga a bien servirse más de ello si lo necesita.

Con estas palabras el ministro de Estados Unidos dejó el frasco en una mesa de mármol y, cerrando la puerta, se retiró a descansar.

Por un instante, el fantasma de Canterville se quedó completamente inmóvil, presa de natural indignación; luego, arrojando violentamente el frasco sobre el suelo pulido, huyó por el pasillo profiriendo gemidos cavernosos y emitiendo una luz verde fantasmal. Sin embargo, precisamente cuando llegaba a lo alto de la gran escalera de roble, se abrió una puerta de repente, aparecieron dos pequeñas figuras vestidas de blanco, ¡y una gran almohada le pasó silbando junto a la cabeza!

Evidentemente no había tiempo que perder, así es que, adoptando apresuradamente como medio de escape la cuarta dimensión espacial, se desvaneció por el zócalo, y la casa se quedó completamente en calma.

Llegado a una pequeña cámara secreta del ala izquierda, se apoyó en un rayo de luna para recobrar el aliento y se puso a hacer el recuento de su situación. Nunca, en una brillante e ininterrumpida carrera de trescientos años, se le había insultado tan groseramente. Pensó en la duquesa viuda, a quien había asustado hasta darle un ataque cuando estaba ante el espejo cubierta de encaje y de diamantes; en las cuatro doncellas a las que había puesto histéricas cuando meramente les hizo muecas a través de las cortinas de uno de los dormitorios de invitados; en el párroco, a quien había apagado la vela una noche cuando volvía tarde de la biblioteca, y que estaba desde entonces bajo tratamiento de sir William Gull, un perfecto mártir de trastornos

nerviosos; y en la anciana madame de Tremouillac, que, despertándose una mañana temprano y viendo a un esqueleto sentado en un sillón junto al fuego leyendo su diario, había estado confinada en su lecho durante seis semanas con un ataque de fiebre cerebral, y, al recuperarse, se había reconciliado con la Iglesia, y había roto su relación con aquel notable escéptico monsieur de Voltaire. Recordó la terrible noche en que se encontraron al malvado lord Canterville ahogándose en su vestidor con la sota de diamantes atravesada en mitad de la garganta, y que confesó, justo antes de morir, que había hecho trampas a Charles James Fox estafándole por un valor de cincuenta mil libras, en Crockford, por medio de aquella misma carta, y juró que el fantasma se la había hecho tragar. Todas sus grandes hazañas volvieron de nuevo a su mente; desde el mayordomo que se había disparado un tiro en la despensa porque había visto una mano verde golpeando en el cristal de la ventana, hasta la hermosa lady Stutfield, que estaba siempre obligada a llevar una cinta de terciopelo negro alrededor del cuello para ocultar la marca de quemadura de cinco dedos sobre su blanca piel, y que finalmente se suicidó ahogándose en el estanque de las carpas al extremo de King's Walk. Con el egotismo entusiasta del verdadero artista, rememoró sus más famosas actuaciones, y sonrió amargamente en su interior cuando trajo a la memoria su última aparición como «Reuben el Rojo, o el Bebé Estrangulado», su *debut* como

«Gibeon el Flaco, el Vampiro del páramo de Bexley», y el *furore* que había excitado en un hermoso atardecer de junio, simplemente jugando a los bolos con sus propios huesos en la cancha de tenis. ¡Y después de todo esto, unos miserables americanos modernos iban a venir a ofrecerle el lubricante Rising Sun, y a tirarle almohadas a la cabeza! Era completamente insoporable. Además, a ningún fantasma en la historia se le había tratado nunca de este modo. Por consiguiente, decidió tomar venganza, y permaneció hasta que rompió el día en actitud de reflexión profunda.

III

A la mañana siguiente, cuando se reunió la familia Otis para desayunar, trataron bastante extensamente el asunto del fantasma. El ministro de Estados Unidos estaba naturalmente un poco fastidiado al encontrar que no se había aceptado su regalo.

—No tengo ningún deseo —dijo— de hacer al fantasma ningún agravio personal, y debo decir que, considerando la cantidad de tiempo que hace que está en la casa, no creo que sea de ningún modo cortés tirarle almohadas.

Una observación muy justa, a la que, lamento decir, los gemelos estallaron en carcajadas.

—Por otra parte —continuó míster Otis—, si realmente se niega a usar el lubricante Rising Sun, tendremos